

Del dicho al hecho ¿hay un trecho? Un nuevo liderazgo progresista

Por: Mariano Salas Naranjo

Suele decirse, para justificar irresponsabilidades e incoherencias, que “del dicho al hecho hay un gran trecho”. También se utiliza la expresión para hablar mal de la política y de políticos/as, como un mecanismo para procesar los engaños y las promesas incumplidas. Sin embargo, cuando este tipo de expresiones se vuelven costumbre y pasan a ser asumidas por la cultura política de un pueblo, vale la pena ponerlas bajo examen crítico para desentrañar lo que esconden.

Esta frase connota derrotismo, resignación y atenta contra la voluntad de quienes quieren cambios políticos y cambio social. Es un aliciente o calmante para decir: “no espere mucho de lo que dicen los demás, pues no cumplirán”. Su ataque es frontal contra la esperanza en el futuro, escondiendo con ello una defensa del *estatus quo*. Y si las palabras son vehículos para comunicar ideas, cuestionando la veracidad de esas palabras se deja en invalidez el contenido de las ideas que transportan. Por lo tanto, todo discurso queda postrado en la impotencia. Pero, ¿dónde está el problema?, ¿en la frase misma o en la posición que tomamos respecto de ella?

Da lástima y tristeza ver jóvenes repitiendo que no hay nada que hacer con el rumbo del país y de la región, que no hay esperanza, que los y las políticos/as son iguales, etc. Pero el tema es: ¿qué hacen los actores/as políticos con ese diagnóstico? Hay dos respuestas. Quienes se quedan sin hacer nada porque eso les permite permanecer en el poder y viven pensando que cuanto menos gente participe en la política es mejor, más pastel para ellos y ellas. Este grupo ha cumplido y hecho su tarea, por nociva que pueda parecernos. Pero hay otro grupo en la política que realmente quiere cambios para el bienestar de la gente, que quiere refundar la política y cambiar la forma en que esta se ha venido haciendo.

Este último grupo es el de jóvenes políticos y políticas que buscan desarrollar un nuevo liderazgo progresista y democrático. Ellos y ellas no se postran ante la realidad, deciden por el contrario, recibirla y asumirla como es pero no dejarla como está. Ellos y ellas no asumen el diagnóstico como punto de llegada, como realidad inmutable; sino como punto de partida, como pie de apoyo para catapultar cambios sociales. Jóvenes progresistas no aceptan el vacío del trecho que hay entre el dicho y el hecho, porque entre el dicho y el hecho están ellos y ellas.

Su tarea, no obstante, deben hacerla mejor. No han nacido aprendidos/as y son humildes en reconocer que hay mucho por aprender y mejorar en sus propios liderazgos. Saben que la política la hacen las personas a través de sus iniciativas, de modo que para cambiar la política es necesario cambiar los liderazgos, pasando por un cambio en las personas mismas. Pero no sólo eso. Saben también cómo cambiar su liderazgo en su proceso grupal de crecimiento personal.

Han llegado a una conclusión provisional: para ejercer un liderazgo progresista coherente y adaptado a las nuevas condiciones deben darle vida a los valores de la Igualdad, la Libertad y la Solidaridad, que en justa medida y combinación producen Justicia Social; para eso utilizan principios de acción política que se concretan en prácticas sociales cotidianas. Si no hay armonía entre valor, principio y práctica, entonces no están haciendo bien la tarea de una nueva generación.

Del dicho al hecho ¿hay un gran trecho? Pues no, lo que hay es la voluntad, la capacidad y el compromiso de muchos y muchas líderes jóvenes progresistas, que desde diferentes organizaciones sociales, sindicales y políticas operan el cambio que quieren ver.